

Kienmayer, entró en Munich el 12 por la mañana, al mes precisamente de haber invadido aquel territorio los austriacos y haberse retirado los bávaros; pero antes cogió al destacamento enemigo que llevaba por delante unos mil prisioneros. Enagenados de gozo los bávaros, recibieron á los franceses con vivas y aplausos, porque no podian haber prestado socorro á sus aliados ni mas pronto ni mas oportunamente, y sobre todo cuando algunos dias antes se hallaban al otro extremo del continente, en las orillas del canal de la Mancha. Napoleon escribió al instante al elector induciéndole á que regresase á su capital con todo el ejército bávaro, el cual hubiese sido inútil en Wurtzburgo, y fué destinado á ocupar la línea del Inn, en union con el cuerpo de Bernadotte, con especial encargo por parte de Napoleon de que lo empleasen en hacer reconocimientos, pues siendo como le era perfectamente conocido el pais, podia dar mejores informes acerca de la marcha de los rusos, que debian llegar por el camino de Viena á Munich.

El mariscal Soult, que fué enviado hácia Landsberg, solo encontró allí á los coraceros del príncipe Fernando, que iban replegándose hácia Ulm á marchas forzadas; y tal era el ardor de nuestras tropas, que el regimiento 26 de cazadores no temió medir sus fuerzas contra la caballería pesada de los austriacos, á la cual quitó un escuadron entero con dos piezas de artillería. Aquel encuentro probaba evidentemente que en vez de huir hácia el Tirol los austriacos, se concentraban detrás del Iller, entre Memmingen y Ulm, y que allí se preparaba otra batalla como

la de Marengo, por lo cual todo lo dispuso Napoleon para darla con cuantas fuerzas pudiese llevar. Desde luego supuso que podria verificarse el 13 ó 14 de octubre; pero como no tenia prisa, puesto que los austriacos no tomaban la iniciativa, prefirió el dia 14, á fin de tener mas tiempo para reunir sus tropas. Lo primero que hizo fué modificar la posicion del mariscal Davout, á quien dirigió de Aichach á Dachau, de manera que situado dicho mariscal en un punto ventajoso entre Augsburgo y Munich, podia en el espacio de tres ó cuatro horas, ó trasladarse á Munich, para oponer á los rusos en union con Bernadotte y los bávaros sesenta mil combatientes, ó volverse hácia Augsburgo para secundar á Napoleon en sus operaciones contra el ejército del general Mack. Así que tomó estas precauciones á sus espaldas, dispuso lo siguiente sobre su frente, siempre teniendo fija la vista en el dia 14. Al mariscal Soult le mandó que para el 13 estuviese situado en Memmingen, algo mas lejos de esta posicion por la izquierda, y enlazándose por la derecha con los cuerpos que debian trasladarse al Iller, y á su guardia la envió á Weissenhorn, á donde resolvió trasladarse él tambien. De este modo esperaba reunir cien mil hombres en un espacio de diez leguas, pues pudiendo como podian las tropas hacer en un dia una marcha de cinco leguas y entrar en combate, le era fácil concentrar en un mismo campo de batalla, esto es, desde Memmingen á Ulm, los cuerpos de Ney, Lannes, Murat, Marmont, Soult y la guardia. Por lo demas, el destino le reservaba un triunfo diferente en un todo al que tenia espe-

ranzas de alcanzar, mas nuevo y no menos asombroso por las consecuencias que produjo.

Napoleon dejó á Augsburgo el día 12 á las once de la noche, para trasladarse á Weissenhorn; y en el camino encontró á las tropas del cuerpo de Marmont, compuestas de franceses y holandeses, agoviadas de cansancio, y cargadas de sus armas y raciones de víveres para algunas días. El tiempo que fué magnífico hasta pasar el Danubio, se convirtió en malísimo, pues caía una nieve espesa que al derretirse se convertía en lodo, poniendo intransitables los caminos, y haciendo salir de madre á todos los riachuelos que van á desaguar en el Danubio. Así es que los soldados caminaban por medio de verdaderos pantanos, embarazados muchas veces en su marcha por los trenes de artillería, y sin embargo no murmuraban siquiera. Napoleon se detuvo para arengarlos, hizo que formasen un círculo en torno suyo, y les espuso la situación del enemigo, así como la maniobra de que acababa de valerse para envolverle, prometiéndoles una victoria tan magnífica como la de Marengo. Llenos de júbilo los soldados al oír estas palabras, envanecidos al ver que el mayor capitán del siglo les explicaba sus planes, se entregaron á verdaderos transportes de entusiasmo, y le contestaron con gritos unánimes de *viva el emperador!* volviendo á emprender la marcha, impacientes por concurrir á la gran batalla que se esperaba. Los que oyeron las palabras del emperador las repetían á los que no habían podido oírlas, y todos decían enagenados de gozo que no iba á quedar un solo austriaco que no fuese hecho prisionero.

Entretanto, ya era tiempo de que Napoleon se volviese hácia el Danubio, pues Murat comprendió mal sus órdenes, lo cual hubiera producido desgracias á ser mas emprendedores los austriacos.

Mientras que Lannes y Murat cercaban á Ulm por la márgen derecha del Danubio, Ney permaneció á caballo sobre el río, con dos divisiones en la orilla derecha, y solo una, esto es la del general Dupont, en la izquierda, situación falsa que conoció al aproximarse á Ulm para cercarlo. Iluminado por los hechos que veía entonces mejor, guiado por un feliz instinto de guerra, y confirmado en su parecer por la opinion del coronel Jomini, oficial de estado mayor de elevado mérito, entrevió Ney el riesgo que resultaba de dejar una division tan solo en la orilla izquierda del río, porque bien podía suceder que los austriacos se aprovecharan de la ocasion que se les presentaba de huir por la orilla izquierda, arrollando á nuestros equipages y parques, que seguramente no les harian gran resistencia. Murat no convenia en que pudiera acaecer esto, y apoyándose en cartas que había interpretado mal del emperador, quien en la esperanza de que iba á trabarse una acción formal sobre el Iller, mandaba concentrar allí todas las tropas, creía que la division de Dupont bastaba y sobraba en la orilla izquierda, puesto que dicha division no debía concurrir á la acción el día de la gran batalla. Esta divergencia de pareceres produjo un vivo altercado entre Ney y Murat, es decir, entre Ney que se hallaba ofendido por tener que obedecer á un gefe á quien creía inferior en talento, si le era superior por

ser pariente de Napoleon, y Murat, que estaba lleno de orgullo por su nuevo rango, y sobre todo porque Napoleon le comunicaba mas directamente su modo de pensar. Así es que manifestó al mariscal Ney de oficio que era superior á él, y acabó por darle órdenes terminantes, de suerte que á no mediar amigos de uno y otro, aquellos lugartenientes del emperador hubieran ventilado su reyerta de un modo poco adecuado á su elevada posicion. De semejante altercado resultó el enviar órdenes contradictorias á la division de Dupont, poniéndola en una situacion peligrosa; pero afortunadamente, mientras ellos disputaban sobre el puesto que debia ocupar, la division salia del peligro en que la puso un error de parte de Murat, por medio de un combate eternamente memorable.

No pudiendo dudar el general Mack por mas tiempo de su infortunio, hizo un cambio de frente, y en vez de tener á su derecha á Ulm, lo tenia á su izquierda, así como Memmingen á esta, en lugar de á la derecha. Siempre apoyado en el Iller, daba la espalda á Francia, como si hubiese salido de ella, mientras que Napoleon presentaba la espalda á Austria, como si esta hubiese sido su punto de partida, posicion natural entre dos generales que se hubiesen cogido la vuelta. Después que el general Mack llamó á sí las tropas que andaban diseminadas por Suabia, como igualmente las que pelearon con pérdida en Wertingen y Gunzburgo, dejó algunos destacamentos sobre el Iller desde Memmingen á Ulm, y reunió la mayor parte de sus fuerzas en este último punto, en el campo atrincherado que domina á aquella poblacion.

Ya conocen nuestros lectores, por haberlas descrito en esta historia, la situacion y forma de aquel campo: la orilla izquierda del Danubio domina allí y mucho á la derecha, y mientras que esta presenta una llanura pantanosa levemente inclinada hácia el rio, aquella por el contrario ofrece á la vista una série de alturas en forma de colinas, bañadas por el Danubio, poco mas ó menos como baña el Sena el terraplen de San German. La principal eminencia entre las de que vamos hablando, es la de Michelsberg, y allí se hallaban acampados hasta unos sesenta mil austriacos, teniendo á sus pies á Ulm.

El general Dupont, que se habia quedado solo en la orilla izquierda, y que conforme á las órdenes del mariscal Ney, debia acercarse á Ulm el 11 de octubre por la mañana, se encaminó hácia dicha plaza por el camino de Albeck, precisamente en el momento en que reunidos en Gunzburgo Murat y Ney se ocupaban en disputar, y Napoleon tomaba en Augsburgo, adonde habia acudido, sus disposiciones generales. Cuando el general Dupont llegó á la aldea de Haslach, desde la cual se descubre en toda su estension el Michelsberg, divisó á sesenta mil austriacos en actitud amenazadora, al paso que su division habia quedado reducida á seis mil hombres de resultas de las últimas marchas, ejecutadas en medio de un tiempo malísimo y con estremada rapidez. Habíanle dejado, sin embargo, los dragones desmontados de Baraguey de Hilliers, los cuales se habian agregado durante la travesía del Rhin al Danubio, no á Murat sino al mariscal Ney, y aquel refuerzo de cinco mil hombres hu-

hiera podido servirle de mucho sino se hubiera quedado en Langenau, tres leguas mas atrás.

Al llegar el general Dupont á presencia del Michelsberg y los sesenta mil hombres que lo ocupaban, se encontró con una avanzada de tres regimientos de infantería, dos de caballería, y algunas piezas de artillería; pero aquel oficial, que despues fué tan infortunado, tuvo entonces una inspiracion que honraria á los mas grandes capitanes. Juzgó que si retrocedia iba á demostrar su debilidad, no tardando en verse envuelto por diez mil caballos que saldrian á perseguirle, mientras que si por el contrario mostraba osadía, enganaría á los austriacos, persuadiéndoles que aquella era la vanguardia del ejército francés, y los obligaria á ser circunspectos, teniendo tiempo para salir del mal paso en que se habia metido.

En consecuencia, tomó sin detenerse las disposiciones oportunas para entrar en combate, situando á su izquierda, esto es, en la aldea de Haslach, la cual estaba rodeada de un bosquecillo, al regimiento número 32, que se habia hecho célebre en Italia y lo mandaba entonces el coronel Darricau, el 4.º de húsares, y parte de su artillería. En la derecha, apoyada tambien la espalda en un bosque, colocó el regimiento 96 de línea, mandado por el coronel Barrois, el 9.º de ligeros, mandado por el coronel Mennier, y ademas el 47 de dragones. Un poco delante de su derecha, se hallaba la aldea de Jungingen, cerca de tambien de algunos bosquecillos, y mandó ocupar por un destacamento.

Tal fué la posicion en que el general Dupont recibió á los austriacos, destacados en número de veinte y cinco mil, á las órdenes del archiduque Fernando, para pelear contra una division de seis mil franceses. Cada vez mas inspirado Dupont, conoció bien pronto que su division iba á ser destruida aunque no fuese mas que por el fuego de fusilería, si dejaba que los austriacos desplegasen su línea y estendian el fuego, y para evitarlo juntando á la audacia de una gran resolucion la osadía que se necesita para hacer una cosa con vigor, mandó á los dos regimientos de la derecha, esto es, al 96 de línea y al 9.º de ligeros que cargasen á la bayoneta. Dada la señal, los dos valientes regimientos se ponen en marcha, y caen con bayoneta calada sobre la primera línea austriaca, arrollándola, poniéndola en desórden, y causándola quinientos prisioneros, que envian á la izquierda para que los encierre en la aldea de Haslach. En seguida vuelve á ponerse en posicion con sus dos regimientos el general Dupont, y espera inmóvil á que continúe aquel extraño combate; pero no pudiendo darse por derrotados los austriacos, caen de nuevo sobre él con otras tropas: nuestros soldados avanzan por segunda vez á la bayoneta, rechazan á los agresores, y hacen mas prisioneros. Disgustados los austriacos de aquellos inútiles ataques de frente, dirigen sus esfuerzos sobre nuestras alas, llegando á la aldea de Haslach, protegida por la izquierda de la division de Dupont, y que era donde se hallaban sus prisioneros; pero el 32 de línea, á quien llegó su vez de pelear, les disputa enérgicamente aquella aldea y los arroja de ella, mientras que

el 4.º de húsares, rivalizando con la infantería, dá cargas vigorosas contra las columnas rechazadas. Los austriacos no se limitan á atacar á Haslach, sino que hacen una tentativa en el ala opuesta, y procuran apoderarse de la aldea de Jungingen, situada á la derecha del general Dupont, y donde penetran, favorecidos por el número, haciéndose dueños de ella por un momento. Apreciando el peligro el general Dupont, hace que el 96 vuelva á atacar á Jungingen, y consigue recobrarla; se la quitan de nuevo, y se apodera de ella otra vez, repitiéndose lo mismo hasta cinco veces, sin que ni una sola dejasen de hacer prisioneros los franceses. Empero, mientras que los austriacos consumen sus fuerzas haciendo impotentes esfuerzos contra aquel puñado de soldados, su inmensa caballería, saliendo en todas direcciones, se arroja sobre el regimiento 17 de dragones, carga sobre él repetidas veces, le mata á su coronel el valiente Saint-Dizier, y le obliga á replegarse al bosque en que se apoyaba. Una nube de ginetes austriacos se esparce entonces por las colinas inmediatas, corre hasta la aldea de Albeck, que era de donde había salido la division de Dupont, se apodera de los bagages que debian haber defendido los dragones de Baraguey de Hilliers, y recoge algunos trofeos vulgares, triste consuelo de una derrota causada á veinte y cinco mil hombres por seis mil.

Como cada vez se hacia mas urgente poner término á una situacion tan peligrosa, despues que el general Dupont cansó á los austriacos en una lucha encarnizada de cinco horas, se apresuró á aprovechar la noche para retirarse sobre

Albeck, á donde se dirigió en buen orden, llevando delante cuatro mil prisioneros.

Si el general Dupont no hubiese dado aquel combate extraordinario para detener á los austriacos, estos hubieran huido hácia Bohemia, frustándose una de las combinaciones mas bellas de Napoleon. Esto prueba que los grandes generales han menester grandes soldados, pues los capitanes mas ilustres necesitan muchas veces que sus tropas reparen con su heroísmo, ó los azares de la guerra, ó los errores que están espuestos á cometer los hombres de mas genio.

Aquel encuentro con parte del ejército francés, suscitó tempestuosas deliberaciones en el cuartel general austriaco; pues sabiéndose como se sabia que el mariscal Soult se hallaba en Landsberg, no era de suponer que el general Dupont estuviese solo en Albeck, siendo este el motivo porque empezaban á creer nuestros enemigos se encontraban cercados por todas partes. El general Mack, sobre quien han querido hacer recaer los austriacos toda la afrenta de su desastre, cayó en un estado de confusion facil de concebir, pues digan lo que dijeren los que á guisa de jueces se han puesto á raciocinar, despues de haber tenido lugar aquel suceso, era preciso para que se hubiese salvado, que una inspiracion del cielo le hubiera revelado de pronto lo débil en número del cuerpo que tenia delante, y la posibilidad que habia de retirarse á Bohemia derrotándolo antes. El infortunado general, que no sabia lo que se supo despues, y que de ningun modo debia pensar que los franceses fueran tan débiles en fuerza numérica en la orilla izquierda, se puso á delibe-

socorro y dar en caso necesario una batalla decisiva, era preciso quedarse en masa, y no enviar cuerpos á los dos extremos de la línea que ocupaba el enemigo, porque era esponerlos á ser destruidos uno tras otro. Sea lo que fuese, lo cierto es que el general Mack mandó que Riesc ocupase el convento de Elchingen, el cual está situado en las alturas de la orilla izquierda, muy cerca de Haslach, donde la vispera se dió el combate. Al pie de aquellas alturas y por bajo del convento, habia un puente que Murat hizo ocupar á un destacamento francés, y que los austriacos procuraron destruir antes, puente que el destacamento Murat acabó de arruinar poniéndole fuego, para cubrirse cuando se acercaban las tropas del general Riesc; pero sin embargo subsistian las estacas clavadas en el rio, y que las aguas habian preservado del incendio. De esta suerte el ejército francés estaba incomunicado con la orilla izquierda, á no dirigirse por los puentes de Gunzburgo, situados mucho mas abajo de Elchingen, y habiéndose retirado á Langenau la division de Dupont, podian hacerlo los austriacos para donde les conviniera, pues tenian el camino abierto; pero por fortuna lo ignoraban.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando Napoleon que habia salido de Augsburgo el 12 de octubre por la noche, llegó á Ulm el 13, é inmediatamente recorrió á caballo, á pesar del tiempo espantoso que hacia, todas las posiciones que ocupaban sus lugartenientes, encontrándolos muy enfadados unos con otros, y sosteniendo pareceres en un todo diferentes. Lannes, dotado de talento y penetracion para la

guerra, habia juzgado, como el mariscal Ney, que en vez de querer aceptar una batalla en el Iller, pensaban mas bien los austriacos en huir hácia Bohemia por la orilla izquierda, arrollando á la division de Dupont, y si Napoleon abrigaba alguna duda acerca de lo mismo, ninguna le quedó cuando vió las cosas de cerca. Por otra parte, al mandar que se vigilase la orilla izquierda, colocando en ella á la division de Dupont, era claro que no fué su intencion dejarla allí sin apoyo, y sobre todo sin asegurarse de si habia ó no medio de pasar de una orilla á otra para socorrerla en caso de ataque, de suerte que ni habia entendido Murat las instrucciones de Napoleon ni la posicion del enemigo. Dió, pues, completamente la razon á los mariscales Ney y Lannes, y mandó reparar inmediatamente los errores cometidos en los dias anteriores, resolviendo se estableciesen las comunicaciones entre la orilla derecha y la izquierda, por el puente mas inmediato á Ulm, esto es, por el de Elchingen. Hubiera podido bajarse hasta Gunzburgo, que nos pertenecia, y volver á pasar el Danubio, subiendo con la division de Dupont ya reforzada hasta Ulm; pero este era un movimiento muy prolongado que dejaba á los austriacos mucho tiempo para escaparse, valiendo mucho mas por consiguiente, establecer al rayar el dia y á viva fuerza el puente de Elchingen que teniamos á la vista, y trasladarse con fuerzas suficientes á la margen izquierda, mientras que el general Dupont subia de Langenau hacia Albeck y Ulm. Napoleon dió en consecuencia las órdenes oportunas para el dia siguiente 14, cuando ya el

mariscal Soult se habia dirigido al otro estremo de la línea del Iller hácia Memmingen, y el general Marmont avanzaba por el centro hácia dicho río. En cuanto á Lannes, Ney y Murat, que estaban reunidos al pie de Ulm, iban á montar á caballo en ambas orillas del Danubio para tender la mano á la division de Dupont que se habia quedado en la márgen izquierda; pero para ello era preciso volver á establecer el puente de Elchingen. Esta honra cupo á Ney, quien en la mañana del 14 ejecutó el acto de vigor que debia hacernos dueños de las dos orillas del río.

Aquel intrépido mariscal se hallaba muy disgustado por algunas palabras bastante inoportunas que le habia dicho Murat en el altercado que acababa de tener con él, pues fastidiado este de largos discursos, le manifestó que nada entendia acerca de los planes que estaba esponiendo, y que estaba acostumbrado á formar los suyos al frente del enemigo, como diciendo que él era hombre de accion y el otro un general que se contentaba con discurrir y no peleaba. Así es que apenas amaneció el dia 14, montó á caballo el mariscal Ney, se puso de gran uniforme, se colocó todas sus condecoraciones, y cogiendo por el brazo á Murat, se lo sacudió fuertemente delante de todo el estado mayor y aun del emperador, diciéndole con arrogancia:—Venid, príncipe, venid conmigo á formar planes al frente del enemigo.—Luego partió á galope hácia el Danubio, y en medio de una lluvia de balas y de metralla, se encaminó, con el agua hasta el vientre de su caballo, á dirigir la peligrosa operacion que le habian encargado.

Era preciso reparar el puente, del cual solo quedaban los puntales de los arcos, pasarlo, atravesar una pradera que se estendia entre el Danubio y al pie de la colina, apoderarse en seguida de la aldea y el convento de Elchingen, que se elevaba en forma de anfiteatro; y estaba guardado por veinte mil hombres y una artilleria formidable.

Sin asustarse el mariscal Ney al ver tantos obstáculos, mandó al capitán Coisel, ayudante de campo del general Loison, y á un zapador, que se apoderasen de la primera tabla que encontrasen á mano, y la pusieran sobre los puntales del puente, á fin de restablecer el paso bajo el fuego de los austriacos. Al valiente zapador le llevó una pierna un casco de metralla, pero le reemplazó otro inmediatamente, colocando primero una tabla en forma de arco, luego otra y otra, hasta que se compuso un ojo: compuesto el primero se reparó el segundo hasta que de este modo se fueron cubriendo todos los puntales, en medio de un fuego de fusileria mortifero que dirigian contra nuestros trabajadores tiradores muy diestros, apostados en la otra orilla. En seguida los bomberos del 6.º de ligeros, los granaderos del 39 y una compañía de carabineros, sin aguardar á que el puente estuviese completamente asegurado, se arrojaron á la otra parte del Danubio, dispersaron á los austriacos que guardaban la orilla izquierda, y ocuparon el espacio suficiente para que la division de Loison pudiese ir á socorrerlos.

El mariscal Ney hizo entonces que pasáran á la otra orilla del río el 39 de línea y el 6.º de li-

geros, mandando al general Villatte se pusiese a la cabeza del 39 y se estendiera á la derecha por el prado, á fin de que lo evacuaran los austriacos, mientras él tomaba el convento con el 6.º de ligeros. Detenido el 39 al atravesar el puente por la caballería francesa que se precipitaba á él con ardor, no consiguió pasar todo entero, siendo el primer batallón el único que pudo ejecutar las órdenes que habia recibido, pero tuvo que sufrir las cargas de la caballería austriaca y el ataque de tres batallones enemigos, lo que le obligó, al cabo de una resistencia obstinada, á reconcentrarse por un momento en la salida del puente. Socorrido sin embargo bien pronto por el segundo batallón y los regimientos 69 y 76 de línea, recobró el terreno perdido, se hizo dueño de todo el prado por la derecha, y obligó á los austriacos á refugiarse á las alturas. Durante este tiempo, á la cabeza Ney del 6.º de ligeros, trepaba por las tortuosas calles de la aldea de Elchingen, bajo el fuego penetrante de las casas, las cuales estaban atestadas de infantería; pero á pesar de esto, se apoderó de la aldea casa por casa, y tomó el convento que está situado en la cima mas alta. Desde aquel sitio descubrió las lomas formando ondulaciones, y cubiertas á trechos de arbolado, en que el día 11 sostuvo el combate la division de Dupont, lomas que se estienden hasta Michelsberg por cima de la plaza de Ulm. Ney quiso situarse en ellas, para no verse arrollado en el Danubio si los enemigos volvian á tomar la ofensiva, y divisando un bosque bastante espeso que saliendo de aquella cima iba á juntarse

con el convento y la aldea de Elchingen, resolvió apoderarse de él para apoyar allí su izquierda. Luego que esta estuviere bien resguardada, se proponia dirigirse hácia ella perpendicularmente, llevando por delante la derecha, y con este intento destacó al bosque al 69 de línea, que se precipitó en él á pesar de un vivo fuego de fusilería. Mientras que en aquel lado se peleaba con encarnizamiento, el resto del cuerpo austriaco estaba formado en varios cuadros de dos á tres mil hombres cada uno, y Ney mandó atacarlos con los dragones, seguidos de la infantería en columna. El regimiento 18 de dragones dió una carga tan vigorosa á uno de los cuadros, que lo rompió, obligándole á rendir las armas, y viendo esto los austriacos, se retiraron de prisa y corriendo, refugiándose primero hácia Haslach, y yendo al fin á reunirse en el Michelsberg.

Entretanto, el general Dupont, que se habia dirigido de Langenau hácia Albeck, se encontró con el cuerpo de Werneck, uno de los que el día antes salieron de Ulm, con la intencion de hacer un reconocimiento por la márgen izquierda del Danubio y buscar un punto por donde pudiera retirarse el ejército austriaco. Así que el general Werneck oyó á sus espaldas cañonazos, deshizo lo andado, regresando hácia el Michelsberg por el camino que va de Albeck á Ulm, á cuyo punto llegó precisamente en el momento en que la division de Dupont se trasladaba allí por su parte, y el mariscal Ney tomaba las alturas de Elchingen. Trábose, pues, un nuevo combate en aquel punto entre el general Werneck que queria vol-

ver á Ulm, y el general Dupont, que queria por el contrario impedirselo. El regimiento de línea número 32 y el 9.º de ligeros se precipitaron en columna cerrada sobre la infantería de los austriacos, y la rechazaron, mientras que el 96 recibía, formado en cuadro, las cargas de su caballería, hasta que la noche puso fin á la lucha, siendo el resultado conseguido durante el día, haber vuelto á conquistar gloriosamente el mariscal Ney la márgen izquierda, y haber cortado el general Dupont al cuerpo de Werneck la vuelta á Ulm, además de hacer tres mil prisioneros y cogerles mucha artillería. Empero lo que mas valia era que los austriacos estaban definitivamente encerrados en Ulm, sin probabilidad alguna de salvarse, aunque en aquel momento acudiese en su socorro la inspiracion mas feliz.

Mientras tenian lugar estos sucesos en la orilla izquierda, Lannes se habia acercado á Ulm por la orilla derecha, el general Marmont habia avanzado hacia el Iller, y saliendo el mariscal Soult al otro estremo de la posicion que ocupaban los austriacos, se habia apoderado de Memmingen. Cuando el mariscal Soult llegó á la espresada villa, formaban los enemigos en ella empalizadas; pero la cercó rápidamente, obligando al general Spangen á que rindiese las armas con cinco mil hombres, toda su artillería y muchos caballos. El general Jellachich, que acudió con su division á socorrer á Memmingen, viendo que ya era tarde, y tenia al frente un cuerpo de ejército de treinta mil hombres, se retiró, no hácia Ulm, porque temia no poder lograrlo, sino hácia Kempten y el Tirol, y el mariscal Soult se encaminó sin dete-

nerse un momento hácia Ochsenhausen, para acabar de cercar por todas partes la plaza y el campo atrincherado de Ulm.

Tal era la situacion de las cosas al terminar el día 14 de octubre: de resultas de la marcha del general Jellachich y los diversos combates que se habian dado, el general Mack solo tenia cincuenta mil hombres, ó menos si rebajamos el cuerpo de Werneck, separado de él gracias á la division de Dupont. Así es que el infortunado general se encontraba en una situacion desesperada, no pudiendo tomar ningun partido que fuese bueno, pues el único recurso que le quedaba era precipitarse espada en mano sobre uno de los puntos del círculo de hierro en que le habian encerrado, en busca de la muerte ó para abrirse salida. Caer sobre Ney y Dupont era lo menos desastroso para él; pero seguramente hubiera sido derrotado, pues Lannes y Murat iba á acudir á socorrer á dichos dos generales por el puente de Elchingen, y no se necesitaban tantas fuerzas para vencer á soldados desmoralizados. Sin embargo, los austriacos hubiesen salvado el lustre de las armas, el cual vale mas que todas las cosas cuando no puede conseguirse la victoria; pero el general Mack insistió en su resolucion de concentrarse en Ulm, esperando fuesen á socorrerle los rusos. No fué esto sin que le costará tener que sufrir violentas reconvencciones de parte del príncipe de Schwartzemberg, y del archiduque Fernando sobre todo, porque queria librarse á toda costa de la desgracia de caer prisionero. El general Mack les manifestó las facultades omnímodas que le habia concedido el emperador para obrar como gefe su-

premo en caso de disidencia; pero si esto servia para que sobre él recayese la responsabilidad, no para que aquellos le obedeciesen, por manera que el archiduque Fernando, que por su posicion no dependia tan directamente como otros del general, resolvió eludir sus órdenes. Asi que llegó la noche, eligió la puerta por donde menos se espionia á encontrarse con los franceses, y salió de Ulm con seis á siete mil caballos y un cuerpo de infanteria, á fin de ir á reunirse con el general Werneck, y huir hácia Bohemia por el Palatinado alto. Si lograba, pues, reunir al destacamento que le seguía el cuerpo del general Werneck, privaba el archiduque Fernando al general Mack de unos veinte mil hombres, dejándolo en Ulm solo con treinta mil, bloqueado por todas partes, y reducido á tener que deponer las armas del modo mas ignominioso.

Se ha dicho, pero sin razon, que la marcha del principe prueba la posibilidad que habia de salir de Ulm; mas nosotros sostenemos que es un hecho enteramente improbable que todo el ejército con la artilleria y el material, pudiese escabullirse como un simple destacamento, compuesto en su mayor parte de tropa de caballeria: esto sin perjuicio de que lo que sucedió al archiduque Fernando algunos dias despues, demuestra que tambien el ejército hubiera encontrado su perdicion en la fuga. El error capital que allí se cometió fué dividirse, pues era preciso quedarse, ó salir todos juntos; quedarse para dar una batalla encarnizada á la cabeza de setenta mil hombres ó salir para precipitarse con esos mismos setenta mil hombres sobre uno de los puntos del cordon, bus-

eando en él la muerte, ó el triunfo que la fortuna concede algunas veces á la desesperacion. Empero dividirse, unos para huir con Jellachich hácia el Tirol, otros para proteger la fuga de un principe hácia Bohemia, y otros en fin para firmar una capitulacion en Ulm, era el modo mas deplorable de obrar que podia ocurrirles. Bien es verdad que la esperiencia nos enseña que cuando en semejantes situaciones empieza á decaer el ánimo, decae tanto que tomamos el partido mas malo, á lo cual debemos añadir, si hemos de ser justos, que el general Mack siempre rechazó despues la imputacion de haber querido dividir las fuerzas austriacas, aprobando aquellas retiradas parciales (1).

(1) Jamás han dado á conocer los austriacos sus operaciones durante aquella primera parte de la campaña de 1805; pero no obstante, se han publicado en Alemania muchos escritos en que se ataca al general Mack, y se pone en las nubes al archiduque Fernando, atribuyendo á la ineptitud de uno solo el desastre del ejército austriaco, y disminuyendo al mismo tiempo la gloria de los franceses. Todos los escritos á que aludo están llenos de inexactitud y son injustos, fundándose en su mayor parte en circunstancias falsas ademas de imposibles; y sabiendo yo esto, me he hecho con mucho trabajo con un egemplar de la defensa que el general Mack hizo en el consejo de guerra, que juzgó su conducta. Esta defensa, particular en su forma, escrita con laconismo, sobre todo cuanto en ella se habla del archiduque Fernando, y mas henchida de reflexiones declamatorias que de hechos, me ha proporcionado sin embargo los medios de poder apreciar bien las intenciones del general austriaco, y rectificar muchas opiniones absurdas. Creo, pues, que mi relato se acerca á la verdad, á lo menos hasta donde puede esperarse tratándose de sucesos que no han sido atestiguados por escrito ni aun en Austria, y no habiendo casi testigo alguno de los que los presenciaron, pues los principales personajes que en ellos figuraron han muerto, y en